

Sangre

Por Harold Villegas

Cuando llegábamos a casa de Natalia, ella se emocionó al ver que su padre llegaba también. Corrió a su encuentro y ambos se abrazaron tiernamente.

—¡Papá! ¿Cuándo llegaste?

—Esta mañana, Natalia, a los pocos minutos en que te fuiste a la universidad ¿cómo te fue en el examen?

—Bien, papá, todo bien, ¿supiste lo de la tía Frida?

—Sí, es una pena, me lo contó tu mamá, justo cuando yo tomaba el desayuno; siempre es tan inoportuna. La pobre Frida se fue a las pocas semanas de que murió el esposo. Se amaban demasiado, no cabe duda.

El padre de Natalia era muy celoso y en cuanto me vio se dio la vuelta con rostro fiero y mirada aviesa. Le saludé y cortésmente le estreché la mano. Le sonreí y me incliné, quizá con demasiada actitud y es que el señor tenía fama de intratable. Al verme con su hija me miró con desconfianza, pero logré desviar su atención preguntándole por su viaje. Luego de cruzar algunas palabras se despidió de nosotros y Natalia lo acompañó. Después regresó contenta.

—Adivina, mis padres saldrán a cenar esta noche, que te parece si vienes a acompañarme.

—¿Esta noche? ¡Pero tus padres no estarán!

—¡Por eso, tontito! —Me dijo, al tiempo que le brillaban los ojos.

—No. No podré —le dije, implorando dentro de mí que lo volviera a pedir.

—Vamos, amor, ven.

—Depende de qué habrá para cenar.

—Lo que tú quieras —dijo, bajando la mirada hacia su cuerpo.

—Pues... si es así, traeré vino para acompañar la deliciosa cena.

—Llámame en la noche antes de venir.

Nos besamos y el calor de su piel estremeció mi cuerpo, después nos despedimos.

Fui a mi departamento a descansar. Los programas de televisión estaban aburridos. Me senté en el sillón y fumé un par de cigarrillos soplando bocanadas de humo que cubrían el reloj de la pared. Tenía hambre. Pasaron los minutos y empecé a inquietarme. Vivía solo y compraba la comida cada día, por lo que el refrigerador casi siempre estaba vacío. Sólo me quedaba una botella de agua y el paquete de cigarrillos sobre la mesa. Decidí salir a comprar algo de comer. De todas formas debía buscar un vino para la noche.

En el supermercado estuve dando vueltas sin decidirme qué vino llevar. Torpeza la mía no haberle preguntado cuál le gustaba: *¿Merlot, Cabernet-Sauvignon, Chardonnay?* ¿El tinto o el blanco? Me dijo una vez que le gustaba el vino dulce, pero... ¿vino oporto, encendería la pasión? Ya que no pude decidirme por uno, escogí dos: uno tinto y uno blanco. Luego busqué algo de comida por aquí, algún aperitivo por allá y antes de volver a perderme en el dilema de cambiar el vino blanco por uno rosado, decidí marcharme.

El sol brillaba intensamente en aquella bonita tarde de otoño, las hojas descoloridas de los árboles eran arrastradas por el viento en distintas direcciones posándose azarosamente sobre las aceras grises y el oscuro pavimento. Busqué un taxi pero no tuve mucha suerte puesto que la mayoría estaban ocupados. Me puse impaciente y de mal humor. Esperé en un puesto de periódicos para leer los titulares y hacer pasar el tiempo.

Alguien caminó en mi dirección y lo miré de reojo, caminaba torpemente y estaba desaliñado, parecía un vagabundo. Ya estaba acostumbrado a verlos pasar los fines de semana por los centros comerciales y decidí alejarme del lugar. Sentí que me seguía. Apareció un taxi y al levantar la mano el vagabundo me tocó el brazo.

—Sebastián, Sebastián —dijo.

No sé si me asombré o más bien me asusté al oír pronunciar mi nombre. Me estremecí porque esa voz me era conocida. Lo miré y reconocí su rostro. Había envejecido mucho. Por un momento me hice el desentendido ya que además el hombre parecía un poco ebrio. Le di la espalda, pero él insistió.

—Sebastián ¿no me reconoces?

Me di la vuelta.

—¡Hola! ¿Cómo has estado? No te reconocí. Han pasado muchos años.

—Sí, muchos años —me dijo sonriendo.

Tenía el cabello despeinado. Vestía un saco azul, arrugado, sucio y además corto para su talla. El pantalón café era bastante ancho para su extrema delgadez conformando pliegues a causa del cinturón apretado.

—Te noto muy cambiado —le dije.

—El tiempo no pasa en vano.

—Ya lo decía el tango... —le contesté, recordando una canción que me cantaba cuando me llevaba a la escuela y él sonrió.

Sus ojos vidriosos y cansados delataban pena y amargura.

—Ya pasaron diez años desde la última vez que te vi —le dije.

—¿Y tú cómo has estado? Por lo visto la vida te trata bien.

—No me quejo, conseguí un buen empleo, no me pagan muy bien, pero... En cambio, yo te noto demacrado.

No me respondió, le pregunté si comió algo y levantó los hombros. Su condición era tan miserable que me puse incómodo hablando con él.

—Bueno, debo irme. Te deseo suerte —le dije, tratando de alejarme.

Ese mismo instante apareció un taxi vacío, lo llamé y abrí la puerta. No sé qué me detuvo. Quizá los buenos recuerdos que cruzaron por mi mente compensando los años de tristezas. Debo admitirlo, en el último segundo sentí pena. Me di la vuelta y le grité que dónde vivía y que si aceptaba podía llevarlo. Me respondió que a dos cuadras de ahí y que no era necesario que me moleste. Dejando todavía la puerta abierta del taxi me acerqué, saqué un billete del bolsillo y se lo alcancé. Miró el billete y sin aceptarlo me clavó una mirada, aquel tipo de miradas que duelen más que un montón de palabras, aquel tipo de miradas que aun en la miseria no pierden la dignidad. Cerré la puerta del taxi y me disculpé con el taxista. Luego di unos pasos hacia la acera.

—¿Tienes hambre? —Le pregunté.

—No te preocupes, no tengo hambre, haz lo que tienes que hacer —respondió cruzando los brazos.

—No, no tengo nada que hacer hasta la noche ¿Te puedo acompañar? Me gustaría conocer dónde vives.

—Si quieres —me dijo sonriendo, abriendo los ojos de tal forma que le cambió el rostro.

A decir verdad, conocer dónde vivía no era lo más importante. Comprendí que estaba necesitado y mi intención era dejarle la bolsa del mercado, como si fuera un descuido y así no mellaría su orgullo.

Las dos cuadras se convirtieron en veinte. Caminamos y caminamos.

—¿Qué fue de Madeleine? ¿Sigues con ella? —preguntó.

—¡Eso fue hace diez años! ¿Todavía la recuerdas? Enamoramos unos meses más, después de la última vez que nos vimos contigo, aunque todavía seguimos siendo buenos amigos.

—Hacían una linda pareja.

—En ese entonces, ya lo creo. Ahora no lo sé. ¡Los años no pasan en vano!

—Ya lo decía el tango —me dijo soltando una carcajada que se convirtió en una tos ronca. Tosió de tal forma que me asustó.

—¿Te sientes mal?

—No, no es nada —me dijo con voz entrecortada— sólo un resfrío... el cigarrillo también es culpable...

Siguió tosiendo mientras caminábamos y por un momento nos detuvimos para que pudiera respirar con calma. Luego de unos minutos pareció mejorar y seguimos hasta llegar a una casa grande y hermosa.

—Aquí vivo —dijo, levantando la mano en alto, sin señalar ningún lugar en especial -el cielo tal vez- y me dejó sorprendido. Después se dirigió hacia una pequeña puerta al lado de la hermosa casa, una puerta angosta empotrada en una precaria pared. Sonrió por mi desconcierto y volvió a toser.

Sacó unas llaves sujetas a una especie de llavero improvisado hecho con un pedazo de alambre. Seleccionó una llave y me la entregó. Abrí la puerta e ingresamos a un estrecho callejón entre dos casas que conducía a otra muy deteriorada y pequeña. Cuando llegamos bajamos unas gradas y luego se detuvo en una habitación cerrada con dos candados y me indicó qué llaves las abrían.

—Pasa a mi refugio —me pidió, conteniendo la respiración para detener el hipo que le acababa de aparecer.

La habitación era muy pequeña. Al lado de la puerta había una ventanita cubierta, a falta de cortinas, con papel periódico. Apenas había espacio para el camastro que se encontraba detrás de la puerta. A los pies del camastro una pequeña mesita sostenía un par de vasos,

una taza y una caldera vieja. Al fondo unas cajas de cartón contenían algo de ropa y, sobre una de ellas, una bolsa con algunos panes criando moho.

Se acercó a la mesita, sacó una botella y vertió su contenido en dos vasos. Era un aguardiente. Se sentó en el camastro y me pidió que yo me sentara en la silla.

—¡Brindo por mi hijo, para que se mantenga tan bien y guapo como hasta ahora! —dijo.

—¿Brindar? Nos dejamos de ver por el escándalo que hiciste aquella noche, porque estuviste bebiendo sin parar y ahora nos reencontramos con licor, ésto —le dije mostrándole la bebida— terminará con tu vida.

Me miró, dijo salud y luego comenzó a reír. Quién sabe porqué se reía, pero se puso contento, que importaban las razones.

Al voltear la botella para servir otra copa ya no le cayó ni una gota. Miró mis dos botellas de vino que se dejaban entrever dentro de la bolsa y pude adivinar sus pensamientos.

—Está bien —le dije—. Sácalas.

Se puso contento. Abrió una y minutos después ya estábamos bebiendo la otra. Sentía que mi cabeza daba vueltas y empezó a contarme anécdotas de su vida que nos hicieron reír sin descanso. La tarde estaba terminando y la habitación comenzaba a ponerse oscura. Se levantó del camastro para encender la luz, con tan mala suerte que tropezó en una esquina y cayendo sobre la mesita terminó de bruces sobre el piso, clavándose la punta de un tenedor en la palma de la mano.

—Disculpa, creo que ya estoy borracho. ¡Ay!... mi vida está llena de desgracias, espero que logres comprenderme... tu madre nunca lo logró.

—Déjame ayudarte, te lastimaste la mano —le pedí al tiempo que le sujetaba el brazo y le ayudaba a sentarse.

—Hay alcohol en esa caja —me dijo señalando el lugar donde, en efecto, había una caja llena de botellas de alcohol.

—Al menos estás muy desinfectado —le dije agachándome para sacar una botella.

Al acercarme con el alcohol lo encontré recostado, de perfil, sobre el camastro. Se notaba cansado. Parecía dormir. Busqué con que limpiar la herida. Al no encontrar algo saqué mi pañuelo, empapé la punta en el alcohol y limpié la herida; él abrió levemente sus ojos y miró lo que hacía.

—Gracias, por cuidar a este pobre viejo —dijo y sus párpados volvieron a cerrarse.

Limpié sus manos envejecidas con el pañuelo humedecido en el alcohol y envolví su mano para tapar la herida. Me levanté para levantar lo que había caído y encontré una cajita envuelta en un terciopelo limpio y reluciente. Me cercioré si él seguía durmiendo y me senté en la silla, colocando la cajita sobre mis piernas. Desaté el nudo de la tela que la envolvía y deslicé el pequeño seguro. Descubrí que adentro guardaba, sobre un lecho de flores secas, un cuadro con la foto de mi madre cargándome en sus brazos. Al levantar el retrato, el aroma de las flores secas se desprendió del interior del cofre. Sobre la foto, envueltos en un papel de seda, estaban un collar, un anillo y una nota que decía: "Te devuelvo lo último que conservé de ti hasta hoy y que me hacía recordarte. Quédate con ellos, así también con mi olvido". Estaba fechada nueve años atrás. Guardé todo y cerré el cofre envolviéndolo en la tela.

El viejo descansaba, le quité los zapatos, acomodé sus brazos y recogí una colcha para cubrirlo. El pelo cano apenas cubría su cabeza. Una mancha café bordeaba su frente y sus labios secos y heridos descansaban entreabiertos.

Se veía demacrado, demasiado envejecido para su edad, flaco, enfermo y acabado como hombre. El que llegó a casa con una bicicleta en mi décimo cumpleaños. Que organizó una gran fiesta derrochando alegría y diversión. Que empujaba el columpio a mis siete años y de ocultas me regalaba un reloj a los doce. El que me enseñó los nombres de algunas estrellas, acostados sobre el pasto del jardín. El que fue echado por mi madre porque tomaba demasiado y que nunca más regresó por sentirse incomprendido.

No podía contener la tristeza observando el aposento donde ahora vivía, comprendiendo la injusticia que habíamos cometido abandonándolo a su suerte sin preguntarle jamás cuales eran las penurias que lo deprimían tanto. Me levanté y abrí la puerta para irme. Entonces, escuché que tosió y se dirigió a mí.

—Sebastián.

Un dolor se contuvo en mi pecho ejerciendo una fuerte presión, que luego salió de mi boca transformada en una palabra.

—¿Papá?... —le dije, sin darme la vuelta.

—¿Cómo está tu madre?

—Murió hace tres años...

Un largo silencio se apoderó de ambos. Me di la vuelta para verlo. Tenía los ojos cerrados y unas lágrimas le caían por su rostro.

A mí también.

FIN